

Constantino Molina
NIÑO PARABÓLICO
PERIFÉRICA



NIÑO PARABÓLICO

LARGO RECORRIDO, 215

Constantino Molina
NIÑO PARABÓLICO

EDITORIAL PERIFÉRICA

El horizonte es un telón de pomelo y calabaza. Lo veo en este primer paseo del año, que todo es un arder en esta tarde de enero y que más allá del parque del Oeste –y por encima del parque de atracciones que asoma su perfil en la distancia con su noria, su lanzadera y su montaña rusa– todo es un declinar de luz que ya es magenta, azul de metileno y oscuridad encendida de farolas y fluorescentes cuando me vuelvo a casa por el paseo del Pintor Rosales.

Asomarse a esta cornisa de Madrid es asomarse a la metáfora de la media vida: está el cielo, con su transmutación lírica de tonos, y está la tierra firme, que cambia algo menos. Entre medias despuntan las atracciones y todo esto es metáfora de algo que no sé muy bien qué será, pero que algo es y que tiene que ver con la mitad de la vida. Es algo que abduce, que retrotrae y que a la vez despega hacia un tiempo perdido en el tiempo. Si es que el tiempo existe, claro.

Yo fui niño parabólico. Lo recuerdo ahora que, como decía, he vuelto a casa por el paseo del Pintor Rosales y he visto uno de esos chismes apuntando

al firmamento desde una terraza. Lo que esa antena de la terraza buscaba no lo sé, pero lo que yo buscaba era muy sencillo.

En aquella llanura mansa y con intenciones ya de sierra en la que yo nací, durante unos años arraigó la costumbre de utilizar a los niños con orejas algo despegadas para pillar la señal del Canal plus. Nadie sabe muy bien cómo alguien dio con el sistema, pero funcionaba. Eran mediados de los noventa del siglo pasado, que dicho así suena como muy lejos en el tiempo, pero que en realidad es hace nada y es nada porque yo creo que el tiempo, como parámetro lineal y hacia delante, no existe. Hacia mil novecientos noventa y seis, por poner una fecha concreta como ejemplo, mi madre untaba la punta del cable de la antena de la televisión en aceite, que era un aceite denso, de garrafa y de almazara, y me lo introducía unos tres o cuatro centímetros en el recto. Luego yo subía a la terraza de casa, me sentaba en una silla y la familia, en la planta de abajo, podía disfrutar del Canal plus. Había familias que abusaban, que ponían a los niños durante horas y horas en terrazas y balcones con su cablecito metido por el culo mientras ellos disfrutaban de las películas de estreno, de los documentales de la National Geographic, de los toros y del fútbol. Pero en mi casa yo fui niño parabólico exclusivamente por el fútbol.

Recuerdo a mi madre, con su cuidado, protectora y algo recelosa de esta actividad porque ella no era aficionada al fútbol, que me abrigaba bien si era

invierno y que subía tras de mí las escaleras hasta la terraza, donde me esperaba una silla de plástico blanco con un cojín mullido. Allí estaba el cable de antena, que mi padre había desenrollado un rato antes, unos diez metros que iban desde la televisión del salón, pasando por un pasillo y subiendo por el patio interior, hasta la terraza. Mi madre entonces calentaba con sus manos de madre aquel apéndice, supositorio receptivo, lo aceitaba y me lo introducía hasta que abajo la señal del plus aparecía en la pantalla. Mi hermano daba el aviso desde el patio y allí quedaba yo sentado al sol. Niño parabólico durante noventa minutos de partido.

Aquella hora y media la pasaba, en las primeras sesiones, acompañado de un Tetris y de un Pandorino, que era y sigue siendo mi bollo metafísico preferido. Más tarde me acompañó ya sólo el bolli-to porque se fue descubriendo que la máquina del Tetris hacía cierta interferencia con la señal televisiva y que sin ella todo era una imagen de calidad suprema. Me chisporroteaban un poco las orejas, energía electroestática, y en el salón todos disfrutaban de la liga española que, en aquellos años, por lo visto, fue maravillosa.

Estaba allí reunido el núcleo familiar, que eran mis cinco hermanos y mis padres (mi madre imagino que andaba por allí un poco más a lo suyo y pensando en el niño que está solo en la terraza, se asomaba cada dos por tres para ver cómo iba todo); también venían mis tíos, mis primos y tres o cuatro vecinos.

¿Cómo iba el niño? Para el niño aquellas sesiones de terraza y Pandorino fueron el primer contacto con el mundo de lo contemplativo y de lo franciscano, porque durante unos años fui niño parabólico, pero desde entonces, y ya para siempre, fui sujeto franciscano. Miraba la luz y pensaba en eso de la luz. Si cerraba los ojos, yo seguía viendo algo. Veía un bermellón iridiscente, una canción de sangre que era la sinestesia del cuerpo escondida en lo de adentro del párpado. Si encontraba una miga que había caído sobre mi chaqueta, pensaba en la miga y en la idea del lugar, que era una cosa y luego otra, movimiento, y, si le daba un golpecito con el dedo, también la miga cambiaba y era una cosa y luego su contraria dependiendo de la luz. Al final la miga caía al suelo, venía una hormiga y se la llevaba por ahí. Sobre los geranios estaba la vida, cíclica, dividida en los movimientos de una sinfonía que según las estaciones son cuatro, pero que según mi experiencia empírica de niño contemplativo eran sólo dos: crecimiento-floración y decrepitud-letargo. Y todo estaba bien, porque acababa una cosa y ya empezaba la otra para que el ojo no se quedara quieto, vago, tuerto y seco, que es como se iban quedando las flores de los geranios y que hubiera sido triste si luego no hubieran ido saliendo más y más. Blancas, rojas y fucsias, se quedaban tuertas y secas, pero luego salían otra vez entre lo verde de la terraza.

Si era primavera, ya volaban por allí las golondrinas, que se posaban en las cuerdas de tender y en

la otra antena, la que no pillaba el plus, y que estaba encima del tejado. Con ellas establecí una estrecha relación con lo lírico, porque el vuelo de la golondrina es el vuelo lírico por antonomasia, grácil y algo loco, que se alza sobre las azoteas a cielo abierto y que también se cuela por las calles estrechas volando a ras del suelo, a dos dedos de las colillas y de las mierdas de los perros. Y eso es la lírica, el arte: transmutar los elementos, combinar en un todo el arriba y el abajo, el antes y el después, el amor y la palabra.

La golondrina venía a hablar conmigo, se posaba en la cuerda de tender y yo la miraba desde mi silla de plástico blanco. Aquello era la anunciación. Ella encendía su máquina de gorjeo y yo me ponía bien atento a escucharla, me quedaba absorto en su soniquete hasta llegar a un trance similar al de un buda del canto. Sentado en la silla, cerraba los ojos y mecía las piernas, que pendían en el aire porque no me llegaban los pies al suelo. Veía el bermellón iridiscente y conectaba mi soledad de niño parabólico con la comunión del mundo y todos sus seres. Entraba en lo profundo del canto. Entendí entonces la importancia del eremitismo de pequeña escala, aquel que, frente al otro, el de gran escala y por ello patológico, consiste en pequeños momentos de soledad que nos acercan más al centro de lo nuestro. Son cápsulas de soledad cotidiana. Un aporte vitamínico de consonancia existencial que viene muy bien para cuando uno sale a lo de afuera del mundo, a esa otra parte de la vida que son las calles y sus gentes.

A veces volaban desbandadas de palomos y tor-dos, y pasaba un F-18 de la base aérea de Los Lla-nos. El sonido, que era como un rugir de reactores en fiesta, venía después porque el avión era más rá-pido. La fuerza lírica, cuando se tiene, es algo simi-lar: es como tener un F-18 dentro de la cabeza. Y cuesta un tiempo hacerse con ella, manejarla, saber conducirla, tomar la altura justa y hacer que los pá-jaros en lugar de volar en desbandada la acompa-ñen. Además, hace falta saber de espera y controlar de fantasmagoría o abstracción, porque casi siem-pre el sonido también llega después.

Vuelvo a casa. Ya he vuelto. Estoy aquí escribiendo, transmutando las cosas, después de pasar mi ra-to de eremitismo sano por el parque del Oeste. Es enero y es igual que entonces, cuando estaba solo en la terraza y no había golondrinas y los geranios no tenían flor, pero estaba la miga del Pandorino y también la luz. El abrigo, con la capucha bien cerra-da por mi madre, que se asomaba de vez en cuando para ver cómo iba el niño. Yo me sorbía un poqui-to los mocos, miraba el atardecer igual que ahora, le daba otro bocado al Pandorino y mecía los pies en el aire, que es el espacio de lo que somos. El es-pacio del vacío y del todo, de la soledad y del can-to, del tiempo –que no existe– y del Tetris. El espa-cio del vivir y de la nada.